

# AMERICA LATINA Y EL SOCIALISMO DEMOCRATICO

Italo López Vallecillos

## RESUMEN

*El autor, tras explicar brevemente el debate teórico entre marxistas ortodoxos y revisionistas de la Europa de la primera guerra mundial, señala el avance del socialismo en sus diferentes tendencias. Sostiene que tanto los socialistas científicos, marxistas-leninistas o marxistas leninistas-maoistas, como los socialistas democráticos han evolucionado en sus tesis, planteamientos y formas de lucha por el poder. En la confrontación mundial, económica, política y militar, los bloques ideológicos buscan influir y determinar el destino de los pueblos latinoamericanos, cada cual atendiendo su particular interés internacional. La cuestión fundamental, agrega, es ahora entre países desarrollados hegemónicos y países subdesarrollados periféricos. En América Latina, indica, la batalla contra el hambre, la injusticia, la dependencia, no puede supeditarse a las orientaciones y esquemas de otras latitudes. Cada país tiene que buscar sus propias fórmulas para alcanzar la democracia real y efectiva y el progreso económico y social que reclaman las masas marginadas.*

*Reitera que el socialismo democrático latinoamericano, perspectiva desde la cual escribe, es distinto a la social democracia europea. El interés de la Internacional Socialista, con sede en Londres, por los problemas de América Latina confluye en un momento histórico de grandes contradicciones del capitalismo y en un instante en que partidos socialistas de variada gama luchan por la liberación nacional. Se inclina por un modelo económico independiente y un proyecto político de corte popular que haga partícipes a los pueblos latinoamericanos de las inquietudes, reservas, resistencias y triunfos de las naciones del Tercer Mundo.*

La Internacional Socialista, con sede en Londres, ha mostrado en los últimos años un creciente interés por los problemas de los países del Tercer Mundo. Esta preocupación por el subdesarrollo y la dependencia de diversas naciones de América Latina, Africa y Asia, evidencia algo más que la proyección ideológica de una tenden-

cia política europea. Demuestra que los países pobres, explotados y marginados por el imperialismo y el neo-colonialismo, han adquirido un peso específico en las nuevas relaciones internacionales y una potencialidad que las grandes naciones no pueden ya ignorar.

La Internacional Socialista aglutina en su se-

no a los partidos socialistas europeos y a los social-demócratas, todos con una raíz común: el haberse configurado alrededor de los movimientos obreros marxistas del siglo XIX y el haber roto, en la segunda internacional socialista de 1889, con los anarco-sindicalistas y otros grupos políticos de factura terrorista. La división del marxismo en ese momento obedeció a situaciones específicas, propias de la política obrera internacional frente al auge del capitalismo y el imperialismo y la necesidad de aplicar el materialismo dialéctico e histórico a las realidades de las naciones europeas en ese momento convulsionadas por el armamentismo y, naturalmente, abocadas a las opciones de múltiples formas de lucha democrática frente a los reductos del totalitarismo de las monarquías que se negaban a morir.

El período comprendido entre 1889 y 1914 está lleno de una rica experiencia en el terreno de la lucha socialista. C.D.H. Cole en su obra *Historia del Pensamiento Socialista* describe y analiza las particularidades de los partidos europeos que integran la Segunda Internacional Socialista, en el marco de apasionados debates sobre el peligro de la guerra mundial y la manera de encararla por el movimiento obrero mundial.

La historia de la II Internacional de ese momento presenta el debate teórico entre marxistas ortodoxos y revisionistas, así también el análisis de la revolución rusa de 1905, acontecimiento que diera lugar a nuevas estrategias de lucha en la toma del poder por el proletariado.

Lenin (1870-1924) que había participado en la formación del Partido Social Demócrata ruso en 1898, fue el primero en establecer que la burguesía, por sí misma, era incapaz de realizar la revolución democrática en los países en los cuales no la ejecutó a su tiempo; la revolución democrática, según él, sólo era posible como fase o parte de la revolución socialista. Dado el desarrollo del capitalismo en materia agraria, industrial y financiera y específicamente por el carácter monopólico a nivel mundial, la clase obrera no podía emanciparse utilizando únicamente los procedimientos democráticos burgueses (parlamentarios), tenía que conquistar el poder por medio de métodos revolucionarios en alianza con los campesinos, la pequeña burguesía y los soldados. Partidario de la agudización de la lucha de clases, Lenin pronto devino en el expositor de las tesis radicales conocidas como bolcheviques. Ya en 1903, en Bruselas, la división con los moderados o mecheviques era notoria. En

Londres, ese mismo año, se escindirían los grupos obreros para dar paso a las dos grandes alas del movimiento organizado de la revolución rusa. En 1912, finalmente, se fundó en Praga el partido bolchevique bajo los lineamientos trazados por el grupo de intelectuales y activistas obreros que dirigía Lenin. En adelante todos coincidirían en una sola línea de acción proletaria anti-imperialista y anti-colonialista, y contraria a la guerra y armamentismo de las grandes potencias. La lucha entre bolcheviques y social-demócratas, de tendencia populista, produciría polémicas de gran altura en medio del gran debate mundial de ese momento. La tesis de impulsar la insurrección civil en el preciso instante en que la Rusia imperial se hallaba enfrascada en la primera guerra mundial y sumamente debilitada al interior del aparato estatal es, sin duda, el mayor acierto político de Lenin. La diferencia, en cuanto a métodos utilizados en el proceso, abriría enormes brechas con los socialistas europeos de varios países.

C.D.H. Cole, verdadero especialista, recoge la visión del socialismo inglés, sobre todo en la etapa de la Fabian Society, y las diversas concepciones que tienen lugar en la Francia de Jean Jaurès (1859-1914) y Alberto Sorel (1847-1922).

El trabajo de Cole, que nos sirve de referencia, muestra cómo de 1889 a 1914 el proceso de destrucción de las monarquías está íntimamente ligado al desarrollo y ascenso de la socialdemocracia en todo el continente. La clase obrera aunque reaccionaba de acuerdo a las posibilidades propias de cada nación, obtenía, junto a las organizaciones socialistas, éxitos no sólo laborales y económicos, sino políticos. La acción y el pensamiento de personalidades de clara percepción como Karl Kausky, Rosa de Luxemburg, Lenin, Trotsky, Bakunin, Bauer, Martov, Bernstein, Labriola, constituyen una fuente de inspiración en la polémica permanente en torno a las cuestiones fundamentales de la revolución proletaria.

Si la guerra de 1914 desarticuló a los partidos de la II Internacional y creó todo un esquema nuevo respecto al socialismo científico, no menos importante es el aporte intelectual de quienes, por espacio de 28 años contaron con un foro para discutir, polemizar y confraternizar.

La polémica en torno a la ruptura de los partidos socialistas, de pensamiento occidental, con los partidos socialistas revolucionarios bajo la conducción extraordinariamente brillante de Lenin de 1903 a 1924, llena miles de páginas y cen-

tenares de libros. Constituye un legado de enseñanzas políticas respecto a la clase obrera y a su papel en el proceso de transformación radical de una sociedad. Temas fundamentales como son la construcción de una nueva economía, la estructura del poder socialista, el partido único, la solidaridad y el internacionalismo proletario, los acondicionamientos y reacondicionamientos de la burguesía en las nuevas situaciones sociales, reflejan un mar de contradicciones en las obsoletas democracias liberales y abren la perspectiva de las economías y culturas que el mundo actual conoce.

La división del movimiento obrero marxista, a partir de ese instante, asume los contenidos y los métodos de acción propios de las formaciones económicas de cada nación en que se produce la lucha por el poder. Así, algunos principios y proyecciones previstos por los teóricos del socialismo científico respecto a que las revoluciones se darían en los países altamente industrializados, con una clase obrera organizada y beligerante, cayeron en descrédito al comprobarse, por ejemplo, que el ascenso del proletariado al poder era posible en una sociedad atrasada como la rusa donde no existían las condiciones sociales que el marxismo clásico enseñaba. Por el contrario, Rusia, como después China, eran ejemplo de viejos resabios feudales o de acumulación primitiva y hasta salvaje. El marxismo europeo tenía que optar por las reformulaciones leninistas o acoplarse, por conveniencia de clase o tradición ideológica pequeño burguesa, a la penosa lucha por conformar sociedades abiertas al capitalismo moderno con alguna dosis de justicia social

Jugaba un gran rol en esto, naturalmente, la cuestión fundamental de imponer la dictadura del proletariado como única alternativa de construcción del socialismo y la visión, muy occidental, de crear un socialismo que sin desdén de los valores democráticos, lograra por otras vías los progresos materiales y humanos que el mundo reclamaba. Es conveniente agregar que la revolución rusa de 1917 tuvo el apoyo, el reconocimiento y la admiración de los obreros social-demócratas de Europa, a pesar de que en algunos círculos intelectuales se discutiera la forma de aplicación del marxismo a la vieja sociedad zarista, viendo algunos en el triunfo una consolidación de las pretensiones pan-eslávicas y un montaje mecánico del partido comunista en la estructura burocrática del viejo aparato estatal imperial. El centralismo democrático, para muchos, sustituía la voluntad del destronado zar y trasladaba, en la práctica, la decisión de poder al buró del partido único de la revolución. La dictadura, se dijo entonces, mataba al espíritu democrático, aunque rompiera las cadenas de la opresión aristocrática y pre-capitalista. La historia trazaría aquí una raya definitiva, entre el socialismo soviético y el socialismo de otras latitudes. La polémica dura hasta nuestros días, sin que nadie ponga en duda los grandes logros de la revolución rusa de 1917 que ha colocado a la Unión Soviética entre las grandes potencias de nuestro tiempo.

Los epígonos del marxismo-leninismo han aportado valiosos estudios teóricos sobre el problema y algunos de sus disidentes, especialmente italianos y franceses, han escrito también trabajos de singular creatividad en el orden de la filosofía y la sociología política.

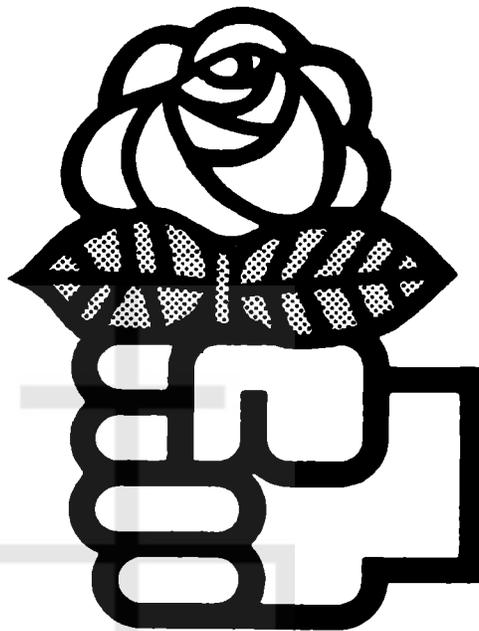


Citaremos un solo ejemplo. Ante la polémica ideológica entre **socialismo moral** y **socialismo dialéctico** suscitada a raíz de la monumental obra de **Lukács**, nuevamente se plantearon las tesis de Jaurès. Este autor intentó, en su época, demostrar la vinculación íntima de ambos socialismos. Sin duda alguna el debate se enmarca dentro del problema de la **moral** y de la **justicia** que enfrentan a Kant, Fichte y Lasalle por un lado, Hegel y Marx por otro. O más concretamente, de la elección entre justicia distributiva o comunidad fraterna universal y su equivalente filosófico: la idea de totalidad; es decir, de la elección entre moral o filosofía dialéctica de la historia. La cuestión apasiona a muchas conciencias todavía.

El viejo marxismo de los partidos socialdemócratas también se ha renovado en las fuentes y experiencias del capitalismo de Estado, en la creación de mecanismos de protección social frente al Leviatán de Hobbes, y en la elaboración de toda una serie de tendencias políticas que apoyan el sindicalismo autónomo y la participación de los obreros en la gestión y co-gestión económica, el cooperativismo y la **propiedad social** contra la absolutización de la **propiedad privada** en nuevos marcos de defensa de los derechos humanos y de replanteamiento de relaciones entre países desarrollados y países dependientes.

La social democracia europea de 1914 a 1945 optó por un repliegue que únicamente puede explicarse por la prepotencia del capitalismo a nivel mundial y la expectativa que presentaba el modelo de la revolución soviética, no previsto por los teóricos del socialismo científico.

La década comprendida entre 1920 y 1930 puso en alerta al proletariado europeo frente al surgimiento de tendencias pseudo-socialistas destinadas más bien a afianzar los intereses del imperialismo en una serie de contradicciones al interior de Inglaterra, EE.UU., Francia, Alemania, Italia, Japón y otras naciones. La crisis económica de 1929 que mostrara nuevamente las debilidades del sistema capitalista, incapaz entonces de asimilar las fluctuaciones cíclicas y mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, dio lugar al nacimiento del fascismo y del nacional-socialismo, respuestas económicas e ideológicas a la transformación social surgida en Rusia y formas claras también de solventar la cuestión del poder y la lucha de clases en las sociedades capitalistas occidentales.



La social democracia se percató, en ese momento, que la única manera de sobrevivir en el conflicto de las ideologías y los modelos económico-sociales era, por una parte, apoyar la lucha de los sindicatos para arrancarle al sistema los beneficios necesarios para la clase obrera y, por otra, enfrentarse al fascismo y al nazismo que se erguían como los grandes hongos de nuestro tiempo. Fue en el seno de las grandes centrales obreras donde se gestó el movimiento democrático occidental contra la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. Si el capitalismo inglés y norteamericano vio la amenaza del creciente poder pan-germánico, extendiéndose a todo lo ancho de Europa en una mezcla de anti-imperialismo, anti-judaísmo y corporativismo estatal, los social-demócratas y socialistas europeos descubrieron que el Tercer Reich significaba, ni más ni menos, que la muerte de las libertades individuales y colectivas. La consolidación del totalitarismo fascista, por otra parte, sería también la base de retroceso de las conquistas laborales y políticas de la sociedad occidental. Cuando Stalin pactó en 1939 con Hitler un acuerdo de amistad y colaboración, los socialistas y demócratas denunciaron el hecho como una traición de los socialistas soviéticos. Fue entonces cuando los socialistas marxistas de Europa y los socialistas marxistas-leninistas de Rusia estuvieron más separados que nunca.

A propósito de Stalin, los partidos social-demócratas siempre repudiaron sus métodos de lucha, incluyendo la persecución y liquidación física de numerosos socialistas que lucharon al lado de Lenin. Con Stalin y la III Internacional, que aglutinaba a todos los partidos comunistas, el debate ya no era sólo ideológico, estratégico y táctico, ni de diferencias sobre la posición concreta frente a las formas de toma del poder político por parte del proletariado, sino que configuraba en la práctica un régimen realmente autoritario que si bien se basaba en el principio marxista-leninista de la dictadura del proletariado sobre las demás clases, iba más allá de la esencia democrática y popular de todo socialismo. Marx, Engels y Lenin habrían desaprobado muchos de los actos stalinistas. La hegemonía de Stalin, en torno al culto de su personalidad y a las tesis del partido único que imponían sus incondicionales colaboradores, muestra al desnudo un período de autoritarismo en el cual el asesinato político, la persecución ideológica en la misma esfera marxista-leninista constituye un valladar a la aplicación correcta del verdadero socialismo. Dichosamente el período de Stalin pasó y muchísimos aspectos de la vida soviética evidencian cambios democráticos, de esencia popular, de singular expectativa para los países occidentales con sistemas políticos contrapuestos. La "occidentalización" rusa es ahora tema de discusión por parte de la comunidad socialista internacional. Muchos incluso la rechazan.

Así como el socialismo ruso es parte de un proceso dinámico y cambiante, del cual el stalinismo es la mancha fea pero necesaria, igual ha ocurrido con la social-democracia o el socialismo democrático que, a su vez, ha experimentado modificaciones sustanciales.

La lucha entre social-democracia y comunismo no presenta, en estos momentos, las irreducibles posiciones de antaño. La disputa ahora es de influencias en un mundo dividido en grandes bloques, en áreas desarrolladas y subdesarrolladas, a la búsqueda de mediar en el conflicto.

Sostenemos, en síntesis, que el debate no debe plantearse entre el primer mundo capitalista y el segundo mundo precomunista. Por sobre esa dicotomía, los socialistas latinoamericanos tenemos que luchar tenazmente por los intereses concretos de nuestras propias revoluciones nacionales, integrándonos a las corrientes del tercer mundo en la perspectiva de los países no alineados.

La obtención de un nuevo trato con los centros hegemónicos del capitalismo mundial es tarea fundamental para los países del tercer mundo. La relación no puede ser ya de mera dependencia: metrópoli-colonia, imperio-subordinación, sino el alcanzar conjunta y solidariamente un estado de interdependencia que permita a las naciones subdesarrolladas lograr las metas de progreso material suficiente y los niveles de dignidad humana a que tienen derecho los pueblos. Mientras se imponga una división internacional del trabajo lesiva a los intereses de grandes zonas agrícolas, ganaderas, pesqueras, mineras, en beneficio de consorcios y empresas que tienen por finalidad la extracción de plusvalía y riqueza de los pueblos pobres, la lucha por la liberación integral debe tener prioridad por parte de los socialistas demócratas del tercer mundo. El nuevo trato significa la edificación de un orden económico y político mundial justo, basado en el respeto real a la libre determinación de los pueblos.

El tema se deja aquí insinuado, más bien como pauta, a manera de entender por que los partidos socialistas y social-demócratas de Europa se están acercando a los países colonizados, periféricos en el orden económico y político mundial.

Es un hecho que después de la Segunda Guerra (1939-1945) la humanidad sufrió cambios sorprendentes. Al triunfo de las democracias occidentales, aliadas con el socialismo ruso, han devenido acontecimientos científicos, tecnológi-



cos, que superan en mucho el progreso de varias centurias. El cambio del mundo en tal sentido, opera no sólo como una búsqueda de nuevos valores, sino como la afirmación de nuevos sistemas económicos, sociales y políticos. El socialismo marxista-leninista se ofrece como una de esas opciones, pero no sólo él, sino también el marxismo oriental representado por las redefiniciones de Mao, y, desde luego, las aportaciones socialistas europeas, entre las que hay que citar el eurocomunismo.

En un mundo de ebullición, en efervescencia, el imperialismo capitalista busca dar sus propias respuestas, sus propias visiones sociales y económicas, en una competencia que se visualiza en todos los órdenes: la ideología, la economía, la literatura, el armamentismo, la influencia sobre áreas geográficas determinadas y, como es lógico, la dominación de unas potencias sobre otras.

No entraremos a profundizar en esta temática. Basta reflexionar en el hecho para explicarnos por qué las grandes naciones, cualesquiera sea el sistema de producción económica y cualesquiera fuese la filosofía que las anima, vuelven sus ojos sobre América Latina, África y Asia. En ese orden de ideas, el cambio expresado en estos continentes después de la segunda guerra mundial, va de transformaciones en proceso a revoluciones violentas contra la explotación interna en cada país y, más aún, contra las diferentes formas de imperialismo y neo-colonialismo. África y Asia han experimentado cambios radicales: muchas naciones se han independizado realmente de la dominación extranjera, soportando el rigor de la guerra y el exterminio; otras han recuperado sus recursos naturales más importantes: el petróleo, el oro, las piedras preciosas y amplias zonas de producción agrícola que antes eran propiedad de compañías o imperios estatales; el surgimiento de nuevas nacionalidades, acompañadas de nuevos tipos de sociedad, han conmovido a la estructura de poder internacional. La lucha por la hegemonía de unos Estados sobre otros, de una determinada manera de cooperación entre los países da paso también a políticas diferentes y a la constitución de frentes y comunidades en las que el liderazgo es compartido, bajo los grandes esquemas del socialismo o del capitalismo que trata de modernizarse a toda costa.

En el amplio espectro del cambio, América Latina ha entrado a una nueva era. La lucha por la independencia frente a la dominación norte-

americana es ahora más franca y segura que antes. La penetración imperial iniciada en la segunda mitad del siglo XIX y profundizada a partir de la primera guerra mundial, halla obstáculos en los distintos estratos sociales de cada país. Cada vez más la influencia, en sus aspectos concretos de internalizar sus capitales, sostener a las oligarquías tradicionales y a sus aparatos militares represivos e imponer sus modelos culturales, se vuelve disminuida por la acción de los pueblos, que ven en tal dominación el origen de todos sus males.

Desde luego, en el caso de América Latina, la revolución cubana impuso un modelo distinto de sociedad a partir de 1959 y su consiguiente consolidación político-militar a raíz del enfrentamiento de 1962 entre EE.UU. y Rusia, en la llamada "crisis de octubre" que dio lugar al actual status de Cuba en el contexto mundial. Cuba puso a América Latina en el mapa de las preocupaciones europeas, asiáticas y, claro, norteamericanas. Cuba influyó e influye al interior de las sociedades latinoamericanas que buscan hacer sus propias revoluciones, aunque hay que advertir que el "caso cubano" no puede repetirse como lo han pretendido muchos políticos de la región. El hecho de que Cuba hiciera la primera transformación económica, social y política, de tipo socialista, no indica en manera alguna que se haya enajenado a la Unión Soviética. En el gran ajedrez de las relaciones internacionales muchos acusan a Fidel Castro de servir a los intereses moscovitas en América Latina. No obstante que el régimen cubano ha sabido conjugar sus realidades concretas con China (virtualmente en línea distinta a la de Moscú) y con la Yugoslavia de Tito que muestra un modelo de socialismo diferente al ruso, para citar sólo tres aspectos de la política exterior de Cuba. Así también Cuba ha sido y es una nación que se ha integrado en el bloque de los países no alineados, ejerciendo allí un liderazgo de primer orden en relación a las nuevas repúblicas africanas y sirviendo de ejemplo a las latinoamericanas.

En todo caso, sean cuales fueren las realizaciones positivas de Cuba en el aspecto revolucionario, su proyección ha logrado que América Latina sea objeto de estudio e interés para las grandes potencias.

Los partidos socialistas y social-demócratas de Europa fueron los primeros en aprender la enseñanza de la revolución cubana. En primer término, desde fines de 1963, buscaron acercarse a



Carlos Andrés Pérez, Willy Brandt, Mario Soares y otros social-demócratas prominentes

las naciones latinoamericanas donde en mayor espacio se viven las instituciones democráticas y donde el constitucionalismo social ofrece perspectivas de incrementarse. Costa Rica, Chile en los tiempos de esplendor político, Venezuela tras la caída de Pérez Jiménez, República Dominicana tras la derrota del trujillismo, Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia, México son sus enormes contrastes, han sido escenarios del acercamiento de la tendencia social-demócrata, a la busca de entender el fenómeno de la transformación latinoamericana y ayudar a consolidar regímenes de derecho basados en la modernización económica, la justicia social y las libertades públicas.

La creación del Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL), bajo el patrocinio de la fundación Friedrich Ebert, muestra el interés de la social-democracia alemana por los problemas de la región. El intercambio de información, ideas y opiniones, los trabajos de equipo, los seminarios cada vez más sistemáticos y científicos, generan una mayor comunicación entre los partidos democráticos y de inspiración socialista de América Latina. A la actividad de CEDAL, con sede en San José Costa Rica, hay que añadir otros institutos de investigación alentados por centrales obreras y fundaciones europeas vinculadas con el socialismo austríaco, francés, noruego, finlandés, italiano e inglés. Estos pasos no son definitivos, en tanto apenas expresan una corriente que tiene su contrapeso en las acciones del marxismo-leninismo y las propias de la penetración imperialista norteamericana, pero sí reflejan cómo la economía y la

política latinoamericana son objeto de debate mundial.

Hay que señalar, aunque sólo de paso, que las especificidades del socialismo democrático de América Latina difiere de las características del europeo. En tanto éste último es producto de una tradición política y un desarrollo capitalista bastante acentuado, el socialismo latinoamericano se apoya en dos grandes vertientes: a) la necesidad de romper las estructuras oligárquicas y hacer viable y posible la democracia social; y b) la aspiración de una eficaz independencia frente a los centros hegemónicos del capitalismo mundial.

La gran dosis anti-oligárquica y anti-imperialista de los movimientos políticos de América Latina tienen una base histórica, una secuencia de éxitos y fracasos que se manifiestan en el reformismo, el desarrollismo, el populismo y, finalmente, en las alternativas revolucionarias que la experiencia cubana aporta a cada país. Por ello no debe confundirse social-democracia europea con social-democracia latinoamericana, por mucho que el nombre y las corrientes las hagan concurrir al diccionario político. Así como en Europa no puede establecerse un parangón entre el laborismo inglés y la social-democracia alemana, ni mucho menos entre éstos y el socialismo de Portugal y España, tampoco puede compararse el socialismo chileno con el liberacionismo costarricense. Se trata de pluralidades de un mismo género, de acuerdo al desarrollo particular de cada país.

Esta pluralidad socialista y democrática, en

Europa y en América, han ido poco a poco comprendiéndose, aliándose bajo la solidaridad de los partidos que forman la internacional Socialista, con sede en Londres. Se trata no del reducto social demócrata que Carlos Marx forjara el siglo pasado, sino de una corriente política que ha adquirido a través de los años su propia identidad, su propia fisonomía. La composición de partidos que forman la IS revela que muchos de tales institutos no están en la línea del socialismo marxista, con los indudables aportes de Lenin, sino más bien dentro del socialismo institucionalista de viejo cuño; otros, sí efectivamente han avanzado mucho en la transformación de las sociedades en que se desvelven, tal es el caso de los países africanos y latinoamericanos, más abiertos a crear sus propios modelos de desarrollo socialista en una actitud de recoger las experiencias europeas, rusas y chinas, sin obligarse por ello a formar parte de los respectivos bloques de poder.

Para comprender a la social-democracia latinoamericana, hay que remontarse a la acción y al pensamiento independentista de Bolívar, Martí, Sarmiento, y muchos otros que, al abogar por el surgimiento de las nuevas nacionalidades, plantearon la necesidad de defenderlas de la rapiña colonialista europea y del naciente imperialismo norteamericano. La Carta de Jamaica de Bolívar es aleccionadora en tal punto, como lo son los escritos de Martí en la lucha por la integridad y autonomía de Cuba.

Larga y triste es la historia del intervencionismo norteamericano en nuestros países. Ya en las primeras tres décadas del siglo XIX, EE.UU. engrandeció su territorio a expensas de América Latina. Los grupos mercantilistas y esclavistas crearon toda una política destinada a convertir a las nuevas repúblicas hispanoamericanas en zonas de influencia y control. Después de la guerra de secesión, el expansionismo norteamericano se perfiló como un real capitalismo industrial y financiero, asentando su dominación en diversas formas en México, Cuba, Puerto Rico, Panamá, Haití, República Dominicana, Centro y Sur América.

La doctrina Monroe, la enmienda Platt, la política del gran garrote del primer Roosevelt, la diplomacia del dólar, las distintas intervenciones armadas en el Caribe, todo evidencia que el imperialismo norteamericano ha sido el gran responsable del atraso y la miseria de nuestras naciones.

En ese marco de dominación, al cual se vinculan perfectamente las oligarquías criollas en su afán de acumulación y sobre-explotación, surgen distintas tendencias democráticas, reformistas, desarrollistas y populistas.

Muchos de los movimientos políticos en América Latina se quedaron en mera copia de lo europeo, sin calar en la conciencia social, o fueron neutralizados por las élites del poder que han respondido siempre más a los intereses del centro hegemónico imperial, que a las aspiraciones y necesidades de los pueblos. Así lo que podría calificarse de "burguesías nacionales" pasan a ser sucursales del poder externo, en una simulación permanente de sostener regímenes democrático-liberales y en una burda falsificación del parlamentarismo e institucionalismo europeo. En el siglo XIX y las primeras décadas del presente, la política interna giraba en torno al gamonalismo, a líderes militares y civiles que decían representar la voluntad popular, cuando en realidad, servían al poder oligárquico dependiente.

En todo caso, bastaría examinar el fondo de la revolución mexicana de 1910 para darnos cuenta que sí ha habido intentos por desplazar a las oligarquías del poder. La lucha de Augusto César Sandino, de 1927 a 1933 en Nicaragua expresa una clara posición de autonomismo, de defensa de la soberanía nacional, ante la ocupación norteamericana en Centroamérica. Ambos hechos, hay que decirlo, se definen dentro de la esfera democrática. El primero, dentro de un constitucionalismo social de influencia europea y el segundo, en la más pura tradición liberal del continente. El caso de la creación de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) indica, en 1930, la asimilación de ideas socialistas a la realidad del Perú. Así podrían ponerse numerosos ejemplos del papel jugado por los partidos social-demócratas o socialistas, de raíz institucionalista y/o marxista, en América Latina. Los partidos socialistas argentinos, chilenos, cubanos, mexicanos, bolivianos, con variantes notables, pero al fin y al cabo en la misma línea anti-oligárquica y anti-imperialista, recorren un largo período, antes del apareamiento de los partidos comunistas ligados a la Tercera Internacional, con asiento en Moscú.

No interesa, excepto para fijar parámetros, detenernos en el pasado. Convendría, en la hora actual y tras la experiencia revolucionaria cubana, fijar las características del socialismo-

democrático.

En primer lugar hay que definir al socialismo democrático como movimiento de liberación nacional, en el sentido de cambiar radicalmente las condiciones sociales mediante la derrota total de las oligarquías agrarias, industriales y financieras y en la opción de un modelo de desarrollo económico independiente, que permita una nueva y justa relación de intercambio con las grandes potencias de Oriente y Occidente.

El socialismo democrático defiende valores filosóficos, intereses sociales, y económicos distintos del marxismo-leninismo. Ello hay que señalarlo para evitar ambigüedades en la concreción de alianzas y pactos con otras fuerzas ideológicas. Que el socialismo democrático utiliza el instrumental teórico del marxismo, específicamente en lo que a interpretación del proceso social se refiere, es indiscutible. El marxismo, por otra parte no es patrimonio de un partido sino de la humanidad entera y, su método y aplicación un aporte que los analistas políticos tienen a mano para estudiar la lucha de clases y organizar a las masas en busca de su liberación. Pero no solo el marxismo, en sus diferentes escuelas, es obligada base de interpretación sino también otras vertientes socialistas que a lo largo de varias décadas han contribuido a esclarecer errores y proyectar orientaciones científicas, valederas para la construcción de una nueva sociedad.

La lucha contra el dogmatismo, el sectarismo, el mecanicismo económico significan mucho en el replanteamiento del socialismo y la democracia, no como tendencias opuestas y excluyentes, sino complementarias. Es más, no puede haber auténtico socialismo sin democracia y no puede existir democracia sin socialismo. Se habla aquí de democracia, no en términos abstractos burdamente manoseados por la oligarquía y la lumpenburgesía, sino en su esencialidad popular, real y concreta como poder de las mayorías.

Es necesario aclarar que no hay un socialismo para los profesionales y técnicos y otro para los campesinos y obreros. Como tampoco puede haber un socialismo para los militares y los sacerdotes. El socialismo es una concepción histórica, unitaria, éticamente considerada como un estadio superior de vida para todos los hombres. El socialismo, en tal sentido, es para todos los trabajadores, sin distinción alguna entre los que laboran manual o intelectualmente. Aquí se aplica aquello de "de cada quien según su capacidad y a

cada quien según su necesidad". El maniqueísmo obrero-campesino, en contraposición de los intelectuales, científicos y técnicos, no tiene razón de ser, menos en el socialismo democrático que se presenta como opción integradora.

En este sentido los socialistas latinoamericanos combaten tanto los esquemas "democráticos liberales", de libre empresa y falsas libertades, como las derivaciones de tal postura hacia el neofascismo, el corporativismo y otras formas excluyentes de la voluntad popular.

La lucha se da también con igual fuerza hacia aquellos modelos de autoritarismo de Estado basados en la absolutización del partido único en la liquidación del sindicalismo libre o en la anulación práctica de la pluralidad ideológica de las diversas fuerzas democráticas y revolucionarias que buscan la transformación social.

El socialismo democrático no sustenta ya el anticomunismo de otrora, pues la evolución del pensamiento económico y político de la tendencia reconoce y establece lo bueno del socialismo soviético, así como sus grandes defectos e incompatibilidades con la democracia social. No hay anticomunismo como regla precisa, sino defensa de la libertad individual y colectiva, defensa de la dignidad de la persona humana en un contexto más bien de aproximaciones en contra del capitalismo y el imperialismo. En el combate por eliminar la explotación del hombre por el hombre, en la edificación de un sistema justo y humanizante, los caminos se cruzan.

Conviene reiterar que la social democracia, en concreto el **socialismo democrático latinoamericano**, no puede ni debe apoyarse en un solo autor, en una sola obra, sino en la rica experiencia universal de ayer y de ahora y, particularmente, en herramientas propias que superen el atraso, la miseria, la dependencia, y nos sitúen por encima de la confrontación de las grandes potencias.

Si se preguntara ¿Quién es, entonces, socialista-democrático? o ¿Quién puede llegar a serlo? Habría que responder que todo ciudadano que anteponga los intereses colectivos a los propios. Allí donde prive el bien común sobre el privado, allí donde la **propiedad privada** se convierta en **propiedad social**, allí donde la acumulación capitalista dé paso a la efectiva distribución de la riqueza, allí donde la planificación económica potencie a las clases trabajadoras, allí se estará haciendo socialismo democrático.

Naturalmente que los componentes ideológicos de un **socialismo propio**, de acuerdo a nuestras realidades y no sujeto a las directrices de otras naciones, parte básicamente del siguiente postulado:

1. La liberación nacional (económica, social, política y cultural) sólo es posible mediante el acceso al poder de las masas trabajadoras y marginadas. Este acceso, en las condiciones presentes para varios países latinoamericanos, requiere del apoyo de los estratos medios (profesionales, capas tecnológicas) e incluso del sector progresista de la burguesía industrial. La base social, así integrada, busca la imposición de un modelo económico de planificación nacionalista, autónomo e independiente en la medida de lo posible, lo cual presupone la recuperación de los recursos naturales enajenados. El rescate del patrimonio cultural es tarea básica, pues a la par que se construyen los pilares de una economía socialista, deben crearse los mecanismos ideológicos y filosóficos que permitan el surgimiento de un hombre nuevo, de una sociedad nueva, cuyos valores fundamentales descansen en el respeto a la dignidad de la persona humana y el desarrollo pleno de la personalidad ciudadana.
2. La meta definitiva, como hemos expuesto, es la democracia socialista de acuerdo a la expresión propia de los pueblos latinoamericanos. Es muy probable que alguien piense que esto es aplicar la experiencia soviética, china, yugoslava o cubana (modelos del socialismo contemporáneo) y la equivocación será total, pues las revoluciones no se importan, se crean y fortalecen en la lucha combativa contra el sistema imperante. Los casos de Hungría, Checoslovaquia y, últimamente Polonia en la órbita del socialismo soviético, explican por sí mismos la resistencia a un modelo determinado y la búsqueda de las libertades democráticas en una nueva perspectiva, ajena al imperialismo capitalista.
3. El socialismo democrático de América Latina, desde luego, es solidario con movimientos similares de Asia y África y confluye en una serie de tendencias de cambio y transformación de las sociedades europeas, tales como la yugoslava en los aspectos de la organización de la economía socialista y popular, o bien con la apropiación de tecnología de países desarrollados donde la co-gestión o auto-gestión obrera han demostrado eficacia a la vez que un alto nivel de vida social para los trabajadores.
4. La política exterior del socialismo democrático responde a las necesidades de intercambio con todos los países del mundo, a la conservación de la paz mundial, a la lucha por el desarme y fundamentalmente a obtener un mejor trato de los países desarrollados, para vencer la miseria, el atraso y la dependencia.
5. El socialismo democrático respeta los legítimos valores cristianos, en tanto la Iglesia también **hace** la historia y representa en estos momentos un baluarte contra la violencia institucionalizada, a la búsqueda de hacer válidos los grandes principios religiosos de Cristo.



Mario Soares

Guillermo Manuel Ungo

Sostenemos que a partir de la reforma de Juan XXIII, en particular del Concilio Vaticano II, Medellín y Puebla, la orientación social de la Iglesia es compatible con la lucha de los trabajadores del mundo. La teología de la liberación, en América Latina, cierra viejas polémicas y diferencias filosóficas, cuya ultimidad última sobre el destino del hombre sólo interesa a especialistas. El socialismo democrático, flexible y abierto al pluralismo, considera que el opio del pueblo es la miseria y la dominación y no la religión historizada en el sufrimiento de los pobres.

La vinculación latinoamericana con la Internacional Socialista, conviene explicitar, no obliga ni compromete a una política de consigna, de alineamiento. Es más bien un foro para discutir la problemática mundial, donde las afinidades y las resistencias fortalecen el pluralismo político y económico y reafirma la autonomía de los partidos de base obrera.

En la última década, producto probablemente de las contradicciones del capitalismo occidental, la social democracia europea se ha sentido obligada a buscar aliados y posibilidades en América Latina. No podríamos precisar si la formación de la trilateral o los resultados nefastos de la política exterior de EE.UU. en el mundo han llevado a unir criterios, voluntades y actitudes, en torno a los programas cada vez más definidos de la social democracia internacional. Respecto a la Comisión Trilateral hay que señalar que se trata de un grupo privado dedicado a diseñar políticas económicas de los países capitalistas desarrollados, cuya finalidad principal es favorecer el capitalismo monopólico de Estado, e intentar nuevas formas de hegemonía del imperialismo en las zonas periféricas de Asia, Africa y América Latina.

En la trilateral, señala Carlos Rico F., figura una lista impresionante de altos ejecutivos de algunas de las más importantes empresas y bancos transnacionales no sólo norteamericanos, sino europeos y japoneses, así como prominentes representantes de algunos de los más destacados colaboradores de los más influyentes medios de comunicación masiva del mundo occidental. Por último, cabe destacar a representantes de importantes centros de investigación, universidades y revistas académicas, así como algunos líderes del "sindicalismo libre" norteamericano, que ocupan una posición claramente minoritaria. Como puede apreciarse, la Comisión Trilateral reúne a

buena parte de los centros de poder político, económico, financiero e ideológico del mundo capitalista. Se ha llegado de hecho a señalar que la "Comisión Trilateral es el comité ejecutivo del capital financiero transnacional".

Los partidos socialistas y social-demócratas, particularmente europeos ven en el trilateralismo un peligro a los intereses económicos y políticos de sus respectivas potencias. Ven que, con el fortalecimiento de tal tendencia, el imperialismo norteamericano y japonés salen ampliamente favorecidos, sin que por otra parte se produzcan cambios de ningún tipo en los países dependientes y neo-colonizados. Creemos que hay una división respecto a la visualización de los problemas del Tercer Mundo, por parte de los regímenes social demócratas, con aquéllos que por el momento deciden al más alto nivel la inserción de capital transnacional en nuestros países. Las diferencias pueden no ser muy profundas, pero abren la perspectiva y el espacio para que podamos plantear y desarrollar, por medios propios, nuestras particulares luchas de liberación nacional.

En tal sentido cabe señalar que la Internacional Socialista no sólo favorece los movimientos de liberación democrático-popular, tal el caso de Nicaragua, sino que apoya la política de los países no-alineados, según se desprende de los hechos y los documentos de reuniones a nivel mundial. El desplazamiento tiene enorme importancia, dada la influencia de los partidos miembros de la Internacional Socialista y de los gobiernos regidos por la tendencia, pues también los esfuerzos por la paz, la coexistencia pacífica, la distensión, el control de fabricación y uso de armas nucleares, la pluralidad filosófica y política, son fuertemente defendidos.

En lo que atañe a Centro América y el Caribe varias son las resoluciones de la Internacional Socialista que se han producido en los dos últimos años. Los regímenes totalitarios, surgidos de cuartelazos o de fraudes electorales han sido condenados con energía. La lucha de los pueblos de Puerto Rico, República Dominicana, Grenada, Nicaragua (con real y efectivo apoyo al Frente Sandinista de Liberación Nacional y al Grupo de los Doce), Guatemala, Panamá, Costa Rica y El Salvador ha tenido eco, repercusión, a nivel mundial. Cuba ha sido aplaudida por su política exterior, así también ha sido invitada a participar como observadora en seminarios y encuentros, a efecto de recibir del régimen revolucionario interesantes experiencias.

Un ligero examen de los partidos que forman parte de la social democracia en América Latina puede visualizarse a partir del cuadro siguiente:

#### MIEMBROS DE DERECHO PLENO:

Argentina	Partido Socialista Popular (PSP)
Barbados	Partido Laborista Barbadiano
Chile	Partido Radical (PR)
Costa Rica	Partido de Liberación Nacional (PLN)
República Dominicana	Partido Revolucionario Dominicano (PRD)
El Salvador	Movimiento Nacional Revolucionario (MNR)
Jamaica	Partido Nacional de Pueblo (PNP)

#### MIEMBROS CONSULTIVOS:

Venezuela	Acción Democrática (AD)
Paraguay	Partido Febrerista Revolucionario (PFR)

#### PARTIDOS LIGADOS INFORMALMENTE<sup>1</sup>

Grenada	New Jewell Movement
Uruguay	Frente Amplio
Guatemala	Frente Unido de la Revolución (FUR) Partido Socialista Democrático (PSD)
Nicaragua	"Grupo de los Doce" Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN)
México	Partido Revolucionario Institucional (PRI)
Argentina	Union Cívica Radical (UCR) Movimiento Peronista Montonero (MPM)
Brasil	Partido Laborista Brasileño (PLT)
Chile	Partido Socialista (PS)
Ecuador	Partido de Izquierda Democrática (PID)
Panamá	Movimiento Independiente Democrático (MID) Partido Social-Demócrata (PS) <sup>2</sup>
Perú	Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA)

1. Partidos que han participado en conferencias de la IS o solicitado su apoyo en razón de medidas represivas en su país.
2. El PS y el MID compiten por el reconocimiento de la IS.

Como se puede apreciar, la diversidad dentro de la unidad del socialismo democrático constituye punto medular de la composición partidista.

En un mundo convulso, sujeto a presiones de todo tipo, la búsqueda de soluciones particulares a cada país no sólo parece una fórmula apropiada, sino un reto para la autodeterminación de los pueblos. Una posición racional que va

más allá de los esquemas, las recetas importadas, para convertir a cada proceso en el propio amo de su destino histórico.

19 de julio de 1980

A un año de la revolución nicaragüense.

#### BIBLIOGRAFIA

- BERNSTEIN, Eduard. *Socialismo Evolucionista*. Las premisas del socialismo y las tareas de la social-democracia. Traducción de E Díaz-Reta. Editorial Fontamar [sf].
- BAYANOV B., UMANSKI Y., SHAFIR M. *La democracia socialista soviética*. Editorial Progreso, Moscú, 1967.
- BREZHNEV, Leonid. *Cincuenta años de grandes victorias del socialismo*. Editorial Progreso, Moscú, 1970.
- CARRILLO, Santiago. *Eurocomunismo y Estado*. Editorial Crítica (Grupo Editorial Grijalbo) Barcelona, 1977.
- CEDAL. *Colección Seminarios y Documentos*. San José, Costa Rica (En especial *América Latina y el socialismo democrático*, 1970. *Socialismo democrático en Costa Rica y Venezuela*, 1976 y *Social democracia y clases sociales de Guillermo Manuel Ungo* [mimeo] 1974).
- COLE, C.D.H. *Historia del Pensamiento Socialista Tomo III, II Internacional (1889-1914)*, Fondo de Cultura Económica, 1964, págs. 17-48, 240-282, 309 de la primera parte, y págs. 273 a 378 de la parte segunda.
- DEUTSCHER, Isaac. *Stalin (biografía política)*. Colección El hombre y su tiempo, Ediciones Era, México 1974.
- DEUTSCHER, Isaac. *Trotsky*. Colección El Hombre y su tiempo. Ediciones Era, México. 1971 Tomos: I, II y III.
- DOBB, Maurice H. *Argumentos sobre el socialismo*. Biblioteca del militante. Ediciones de Cultura Popular. México, 1974.
- GERMANI, Gino; DI TELLA Torcuato; IANNI, Octavio. *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. Serie popular Ediciones Era. México, 1973.
- JAURES, Jean *Los orígenes del socialismo alemán* (Estudio preliminar de Lucien Goldmann). Ediciones de Cultura Popular. Barcelona 1967.
- KAUTSKY, Karl. *Obras completas*. Ediciones populares del Ebro. Madrid, 1934. (En particular el programa de Erfurt y precursores del socialismo europeo).
- LENIN, V. I. *Contra la guerra imperialista*. Editorial Progreso. Moscú, 1967 (Ver además sus escritos contra K. Kautsky).
- MARX, Karl. *Crítica del programa de Gotha*. (Una contribución a la crítica del programa social-demócrata, 1891) Ediciones para lenguas extranjeras. Moscú, 1959.
- MONDZHIAN, J. *El dinamismo de nuestro siglo*. Editorial Progreso, Moscú, 1969.
- SALAZAR MALLÉN, Rubén. *El pensamiento político en América*. Editorial Jus. México, 1973. Tomos I y II.
- TORRES, Camilo. *Cristianismo y revolución*. Colección El hombre y su tiempo. Ediciones Era. México, 1972.
- TROTSKY, León. *Historia de la revolución rusa*. Colección clásicos del pensamiento social. Editorial Quimantú, Santiago de Chile, 1972. Tomos I y II
- VILLEGAS, Abelardo. *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*. Editorial Siglo XXI, México 1972.